

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



NIÑOS DEL DESTINO

Rvd. Andrew F. Kline

Texto del Sermón predicado el cuarto Domingo de Adviento
19 de Diciembre, 2021

MIQUEAS 5:2-5A | CANTICO DE MARÍA
HEBREOS 10:5-10 | SAN LUCAS 1:39-46

Mary tenía 14, quizás 15 años. Elizabeth 50, pasó la edad fértil. Una hija de Judá, la otra hija de Leví, eran primas, parientes, según la tribu. Pero es lo que Dios hizo por cada uno de ellos lo que los invitó a ser familia, los hizo verdaderamente amigos.

María, conmovida no solo por su embarazo, sino quizás por su inexplicable fe y confianza en el mensaje de un ángel, no puede saber lo que está sucediendo dentro de ella. ¿Con quién puede compartir este secreto? ¿Quién puede ayudarla a aceptarlo y llevarlo a término? Mary corre a la casa de Elizabeth y dice que aquí es donde necesito estar. ¿Te importa si me quedo un rato?

Supongo que aquí es donde comienzan todos los eventos devastadores, no solo en el útero, sino en el refugio oculto donde nos criaron. En las tranquilas tardes, el hijo de César sueña con ganar la próxima gran batalla, con la ampliación del imperio. Y aunque los padres pueden o no tener sueños para sus hijos, cada hijo, por insignificante que parezca, tiene un destino. A veces, debido a la pobreza, los prejuicios y las costumbres, el mundo intenta negar esta verdad: cada niño nacido en este mundo es un hijo del destino.

El momento de la concepción es el comienzo de toda fe. La mujer que es incapaz de concebir debe tener fe, que incluso si muere sin hijos, ella tiene como propósito, si no cuidar a los demás, encontrar su lugar en el destino de los demás. La fe lo exige. Incluso los hombres deben aprender a escuchar estas palabras como una posible imposibilidad: estás embarazada. Es lo que nos hace humanos y nos lleva a la presencia y al propósito de Dios.

Y si la mujer que no pensó que podría tener hijos, se encuentra embarazada, es como si se nos diera el don de la conversación privada con Dios. Los ángeles confirman que aunque seamos infieles, Dios cumplirá sus promesas.

Y si una simple niña se encuentra inexplicablemente embarazada, con un hijo del Espíritu Santo, entonces sabrá si su tribu, sus parientes, su familia la aceptarán, pero no solo a ella, sino que aceptarán el destino de este niño en particular. No todas las jóvenes que se convierten en madres son tan afortunadas como María. En el caso de Mary, hubo una mujer que entendió. Una mujer que sabía leer a los profetas, que nunca perdió la fe en su propósito para los demás en su vida, que mientras cuidaba de tantos otros, de repente se encontró embarazada. Y así podría ayudar a la joven Mary a comprender lo que le estaba sucediendo. Confiar y creer en la vocación especial de su hijo.

Cuando María saluda a Isabel, y Juan el Bautista, que aún no ha nacido, salta en el vientre de Isabel, y el latido del corazón del hijo de María aún no se puede escuchar, ni ella todavía puede sentir la sensación de una persona en su interior, estamos en el territorio de la potencialidad pura, puro destino. La pregunta, “¿cómo puede ser esto?”, Ha crecido. Si esto realmente está sucediendo, “¿qué será?”. ¿Qué diferencia hará realmente esta vida que viene al mundo? Cada niño es un hijo del destino.

Estos dos hijos, Juan y Jesús, crecerán en la intersección de lo humano y lo divino. No tenemos palabras para este matrimonio repentino de lo humano y lo divino. El ángel nos dice: “el Todopoderoso te cubrirá con su sombra”. San Juan dirá que el Verbo se hizo Carne y hará su hogar con nosotros. Pero quizás la forma más maravillosa de pensar en ello es la frase que usa Juan: una luz ha brillado en la oscuridad. Una chispa se enciende. Una nueva energía llega al mundo. De repente, hay una luz muy distinta en el útero oscuro de cada mujer.

Las palabras nos fallan. Isabel, llena del Espíritu Santo, dice: “Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y por qué me ha pasado esto, que la madre de mi Señor viene a mí? Porque tan pronto como escuché el sonido de tu saludo, el niño saltó de gozo en mi vientre. Y bienaventurada la que creyó que se cumpliría lo que le había dicho el Señor ”.

Y María, llena del Espíritu, pero llena de mucho más, solo puede cantar una canción de alabanza a cambio, una canción que recuerda la canción de Hanna que cantó al Señor cuando presentó a su hijo Samuel de tres años al Señor en el templo. , dedicándolo a ser el que encuentre al primer verdadero rey de Israel.

En resumen, Juan concluirá la obra de los profetas del Primer Pacto, preparando el camino para el último Rey de Israel, el Mesías. Jesús, por su muerte y resurrección, nos unge a los profetas y testigos de su salvación, incorporándonos a su luz y vida divinas, llamándonos sus hermanos y hermanas, y como Rey de reyes, teniendo el poder de presentarnos como hijos e hijas al Creador de todo.

Cada niño no solamente tiene un destino, pero es un destino. Este niño Jesús lo cambiará todo. Los poderes se volcarán. Los pobres quedarán satisfechos. Los ricos no serán castigados, sino que serán

despedidos con las manos vacías hasta que regresen y se den cuenta de que lo necesitan.

Lo más importante es que no se mantendrá ni una pizca de orgullo, ni la arrogancia ni la violencia triunfarán. Lo que Jesús demostrará es que incluso ante el sufrimiento y la muerte y todos los males humanos, Dios está a cargo y la luz lo transformará todo.

Dios cumplirá su promesa de salvarnos. Mary se regocija al poder contarle a Elizabeth acerca de esta revolución que está ocurriendo dentro de ella. Las generaciones futuras la llamarán Theotokos, la Portadora de Dios. Su destino es llevar a término este destino, presentarlo al mundo.

Y la única nota que podríamos pasar por alto, el único regalo que podríamos pasar por alto en esta última etapa de preparación para la venida de Dios a nosotros, es no darnos cuenta de que nosotros también estamos siendo llamados a hacer lo mismo, es decir, a ser portadores de esta luz divina.

En estos próximos momentos, reciba la palabra de Dios. María ha venido a tu casa, y la saludas, y el lugar más profundo de ti salta de alegría. Lo ves, quizás claramente por primera vez, una luz, iluminada desde adentro, un regalo, un regalo puro, y esta luz el destino es llenarte, cambiarte, hacer todo lo que haces y todas tus relaciones, participantes, partícipes. de la luz. Es nuestro destino.

Y cantas: ¡Engrandece mi alma al Señor, se regocija mi espíritu en Dios mi Salvador!